

Entonces el oficial se volvió al prisionero, que continuaba con la cabeza baja, y en medio del silencio más profundo, le dijo con voz severa y al par tranquila:

—Concibo que haya quien detrás de una barricada dispare, si á mano viene, contra un batallón, impulsado por un fin ó una esperanza, cualesquiera que sean; pero no se comprende que exista quien se goce en insultar cobardemente á un soldado inofensivo, que ni tiene la responsabilidad de sus actos, ni siquiera el derecho de defenderse; de manera que semejante acción constituye la mayor villanía que puede cometer un ciudadano.

La muchedumbre, que continuaba agrupada junto al cuerpo de guardia, dejó oír un murmullo de aprobación.

—Sacadlo de aquí en seguida, —añadió el oficial, encendiendo un cigarro en la llama de la linterna.

—En cuanto á tí,—continuó después volviéndose al soldado herido, en tanto que una patrulla llevaba el prisionero á la calle, —perdona... y olvida.

El soldado hizo una seña afirmativa.

—Y procura estar alegre, —concluyó aquél, poniéndole el cigarro en la boca.

—Lo que es yo...—repuso el soldado cortando con los dientes la perilla del cigarro, y ablandando el extremo entre los dedos, —siempre estoy alegre; pero el señor teniente comprenderá que hay cosas que cargan.

Y el drama concluyó con una carcajada.

## LA MADRE

CUANDO el invierno va muriendo lentamente en brazos de la primavera, las tardecillas de aquellos hermosos días serenos, tranquilos, perfumados, en las cuales se abren por vez primera de par en par las puertas de ventanas y balcones, y se tienden para que se oreen los trajes de verano, y se llevan á las azoteas los tiestos y macetas de plantas y flores; en aquellas veladas en que luce el firmamento límpido, sereno, tachonado de astros rutilantes, hasta las ciudades,—que no todo ha de ser privilegio exclusivo de la eterna campiña de los poetas,—ofrecen un aspecto gentil y lleno de encantos y poesía. Discurriendo por las calles, acaricia de cuando en cuando el rostro un soplo de brisa tibia y cargada de deliciosos olores, ¿de qué? ¿de qué flores? ¿de cuáles hierbas? ¿quién es capaz de decirlo? Perfumes varios, indeterminados, desconocidos, impregnados de frescor, de vida, de juventud. Y aquel ambiente se respira con indecible voluptuosidad, abriendo la boca, dilatando el olfato, pues no parece sino que se refresquen la sangre y el alma. —¡Qué ambiente más agradable!—exclamamos con frecuencia y casi involuntariamente; y sin darnos cuenta de ello, de una en otra esquina, de una calle en otra, nos encontramos fuera de la ciudad, y andando por las vías que rodean sus muros; y penetramos en los jardines, y nos descubrimos la

cabeza y la levantamos para que refresque nuestras sienes y agite nuestro cabello aquel aire suave y delicioso que nos enajena y embriaga.

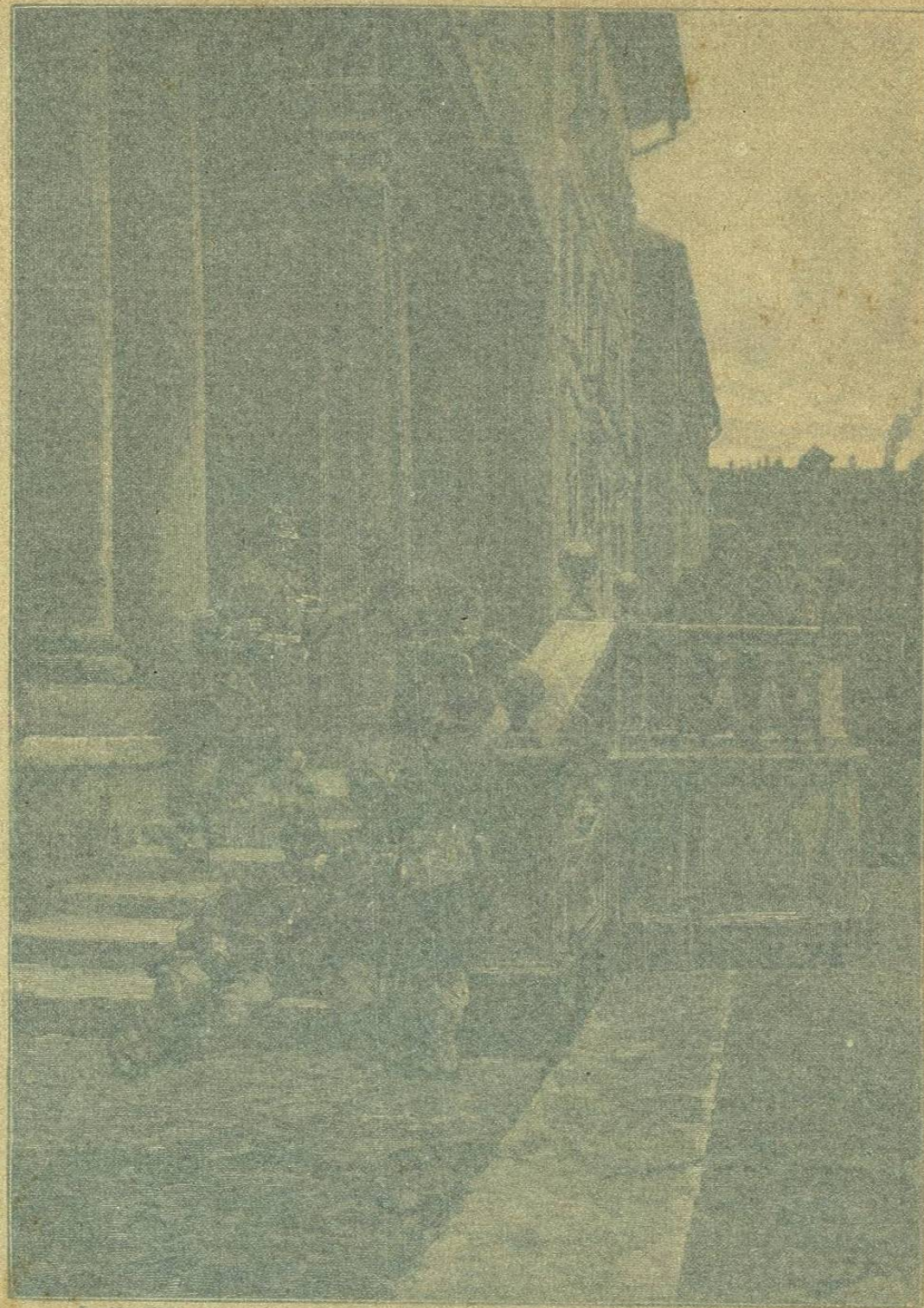
En las tardecillas referidas es imposible permanecer en casa, y si no queda más recurso que quedarse en ella, pásase el tiempo estando asomado á la ventana, contemplando la insólita concurrencia que llena la calle y maldiciendo del hado adverso que nos impide mezclarnos y confundirnos con aquellas gentes. Acostarse con las gallinas, sin disfrutar, siquiera desde la ventana, de tales encantos y atractivos, valdría tanto como cometer horrendo pecado.

Las calles principales pululan de gente. Las habitaciones quedan vacías. Hasta las familias más caseras se deciden á salir de la madriguera. Asómase el padre á la ventana, mira abajo, mira al cielo, y volviéndose á la familia que permanece á sus espaldas esperando una señal, exclama alegremente: — ¡Magnífico tiempo! Salgamos. — Y después de mucho correr y de no poco vocear de aquí para allí, atravesando salas, entrando y saliendo de los gabinetes, palmoteando y revolviéndolo todo para dar con los vestidos y los sombreros en medio de la oscuridad, la chiquillería está dispuesta y la gente se pone en movimiento. Hasta la abuelita, pobre vieja que apenas puede con el peso de los años, se siente animada y como rejuvenecida, y dando al olvido por un momento sus males y achaques, sale también á la calle apoyándose en el más juicioso y formal de los nietezuelos. Aléjase la comitiva calle abajo, formando parejas, y en tanto que los muchachos marchan delante saltando y dando con las manos y la cabeza á cuantos encuentran en su camino, les siguen los viejos renqueando y tosiendo, atentos á librarse de los coches y á no perder de vista á los pequeñuelos. Los recién casados y los que esperan casarse muy pronto, dan vueltas y más vueltas á lo largo de las calles menos concurridas, y de los senderos de los jardines, y cogidos del brazo, estrechados el

uno contra el otro, tocándose las cabezas, cruzadas las manos, apretaditos, muy apretaditos, hablan y hablan y hablan, y se dirigen tiernas y amorosas miradas, y se estrechan las manos, exclamando á cada momento con los ojos vueltos al cielo: — ¡Qué hermosa está hoy la luna! — La modistilla regresa á su casa desde la de la maestra, deslizándose ligera y pizpereta á lo largo de las paredes, fingiendo no haberse percatado poco ni mucho de un arrogante doncel que, pisándole los talones, marcha en su seguimiento, y que se le plantará delante al doblar de una esquina que con la principal forma una callejuela oscura que es una bendición. Las chicuelas menos acomodadas, que han estado trabajando en sus casas desde que ha amanecido Dios hasta que el sol se ha ocultado, bajan, saltando, las escaleras; encuentran junto al umbral de la puerta á las vecinas que estaban aguardando; se reunen formando un grupo que mal año para las flores de una maceta; charlotean animada y alegremente, y en tanto que dan vueltas en derredor del índice á la cinta de las tijeras que pende de su cinturón, responden á los jóvenes que al pasar les echan una flor, con el corazón: — ¡Saleroso! — con la boca: — ¡Descarado! — al tiempo que les vuelven la espalda con ademán desdeñoso, pero no tan aprisa, sin embargo, que con el rabo del ojo no puedan registrarlos de pies á cabeza y enterarse por ende de si los conocen ó no y de si son ó no buenos mozos y elegantes. Otras, alineadas y marchando á cuatro ó cinco de fondo, cogidas del brazo, y sin nada en la cabeza, llegan hasta el extremo de la calle, haciéndose con los codos señales de inteligencia al pasar tal ó cual conocido, ó hablándose al oído y riendo á carcajadas, y volviéndose de cuando en cuando para reprender con expresión maternal á las más pequeñas que juguetean á su rededor. Entretanto los mancebos y aprendices han salido de las fábricas y talleres, con la gorrita ladeada sobre la oreja derecha, la chaqueta á la espalda, una colilla de cigarro,

mordido y resobado entre los labios, y con aquel su andar desgarrado, y canturreando el aire ó la canción que priva, encáranse con las muchachas, se acercan, les dan tal cual codazo, tal cual empujoncillo, y al volver ellas el rostro les lanzan encima una bocanada de humo, con lo cual se separan chillando, tosiendo, restregándose los ojos y poniéndolos como no se diga. Los chicuelos, ayudándose con las uñas, desgarran y hacen trizas los anuncios teatrales; los más pequeños alborotan entregándose á sus juegos bulliciosos en mitad de la plazuela, y las madres, de pie y formando grupos en los umbrales de las puertas, no se resuelven, gracias á lo grato del ambiente y á la hermosura del cielo, á llamarlos al orden con la palabra sacramental de «¡Ea, á dormir!» Á ambos lados de las calles se oye el rumor producido por el cierre de las tiendas, el correr de los cerrojos y el fijar de los pasadores de hierro por los ganchos de las tablas que ocultan y protegen los escaparates, confundiéndose con el ruido el saludarse con las buenas noches que se dan mutuamente los que se van y los que se quedan. Permanecen abiertas las tiendas de lujo, profusamente iluminadas, parándose delante de ellas gran número de curiosos; en las librerías se distinguen las tertulias de literatazos tabacosos de larga y desordenada cabellera, que en el rincón más apartado de la puerta disertan de política trasnochada ó de mugrientos pergaminos, y en los cafés la numerosa concurrencia de parroquianos, envueltos en una densa nube de humo, cuyo animado y sonoro vocerío se percibe desde la calle cada vez que se abren las vidrieras.

En una de esas hermosas noches, mi regimiento, que había llegado por la mañana á una de las ciudades más importantes de Italia, estaba desparramado por sus calles y plazas, esperando que quedara completamente dispuesto el cuartel en que debía alojarse, cosa que había de tener efecto á la hora de retreta.



*La vida militar.*

LA MADRE. — Llamaban la atención la extraordinaria alegría y la charla incesante de una de ellas.

mordido y resobado entre los labios, y con aquel su andar desgarrado, y canturreando el aire ó la canción que priva, encáranse con las muchachas, se acercan, les dan tal cual codazo, tal cual empujoncillo, y al volver ellas el rostro les lanzan encima una bocanada de humo, con lo cual se separan chillando, tosiendo, restregándose los ojos y poniéndolos como no se diga. Los chicuelos, ayudándose con las uñas, desgarran y hacen trizas los anuncios teatrales; los más pequeños alborotan entregándose á sus juegos bulliciosos en mitad de la plaza, y las madres, de pie y formando grupos en los umbrales de las puertas, no se resuelven, gracias á lo grato del ambiente, á la hermosura del cielo, á llamarlos al orden con la primera sacramental de «¡Eh, á dormir!» Á ambos lados de las calles se oye el rumor producido por el cierre de las ventanas, el cerrar de los cerrojos y el fijar de los pasadores de hierro por los ganchos de las tablas que ocultan y protegen los escaparates, confundiendo con el ruido el saldarlos con las buenas noches que se dan mutuamente los que se van y los que se quedan. Permanecen abiertas las tiendas de lujo, profusamente iluminadas, parándose delante de ellas gran número de curiosos; en las librerías se distinguen las tertulias de literatazos tabacosos de larga y desordenada cabellera, que en el rincón más apartado de la puerta disertan de política trasnochada ó de mugrientos pergaminos, y en los cafés la numerosa concurrencia de paraguiteros, envueltos en una densa nube de humo, cuyo murmullo y agitado vocerío se percibe desde la calle cada vez que se abren las estrietas.

En una de esas hermosas noches, mi regimiento, que había llegado por la mañana á una de las ciudades más importantes de Italia, estaba desparramado por sus calles y plazas, esperando que quedara completamente dispuesto el cuartel en que debía alojarse, cosa que había de tener efecto á la hora de retreta.



*La vida militar.*

LA MADRE. — Llamaban la atención la extraordinaria alegría y la charla incesante de uno de ellos

Los soldados se hallaban aún en completo traje de marcha, con el capote abotonado, la cartuchera en la cintura, el morral á la espalda y la bota al costado. Fatigados del camino y blancos de polvo el rostro y el uniforme, veíaseles formando grupos en las esquinas, apoyados contra las paredes, los brazos cruzados sobre el pecho y descansando, ora sobre una pierna, ora sobre otra, ó inmóviles ante los escaparates de los joyeros contemplando con un palmo de boca abierta aquella abundancia de cruces y medallas de todas formas y colores, sobre las cuales acostumbran lanzar al paso una mirada y exhalar un suspiro los empleados viejos y los servidores del Estado ya no jóvenes. Los más se habían acogido á las tabernas y hosterías para echar un trago; los menos andaban por las calles hechos unos bausanes. En cambio, todos, ó casi todos, permanecían graves y serios, y ó bien callaban, ó hablaban en voz baja y ademán indiferente, tanto por el sueño y el cansancio, como por el aturdimiento que engendra en el ánimo el encontrarse por vez primera en una ciudad populosa y desconocida.

En medio de la muda seriedad ofrecida por un pequeño grupo de soldados que permanecían sentados en la escalinata de una iglesia cercana al cuartel, llamaban la atención la extraordinaria alegría y la charla incesante de uno de ellos, de pequeña estatura, de bien proporcionados miembros y de rostro simpático, al cual comunicaban no poco atractivo dos grandes ojazos azules, que sin parar un momento, juguetón como una ardilla, subía y bajaba la escalinata, y volvía á subir y tornaba á bajar, y ahora se detenía al lado de uno de sus compañeros, y lo dejaba para colocarse al lado de otro, y retozaba con todos, y á éste le tiraba el faldón del capote, y á aquél le quitaba la cogotera del kepis, que luego se la colocaba en la rodilla, y al de más allá, después de haberle puesto las manos sobre los ojos, le decía: — ¿Quién soy? — Dijérase que tenía el diablo en el cuerpo. Pasando